

EN MEMORIA DEL DR. GUILLERMO CARVAJAL SANDOVAL

Entré al laboratorio del Dr. Carvajal, en los antiguos y ya para entonces históricos edificios de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, en el legendario Casco de Santo Tomás del Instituto Politécnico Nacional, el paisaje interior era un poco tétrico, los pasillos oscuros, casi laberínticos, llenos de grandes aparatos, todos ellos indescifrables, mismos que parecían sobrevivir al tiempo y que daban la impresión de que en siglos no se usaban, aun cuando no estaban sucios y llenos de telarañas, yo tenía la impresión de que sí lo estaban.

La oficina era pequeña, casi un cubículo, todo totalmente abarrotado de papeles, libros, sobretiros, mapas metabólicos, calendarios de varios años atrás con garabatos en diferentes tintas, varios de ellos amontonados en el pequeño escritorio. Algunos documentos semejaban impresionantes pergaminos y daba miedo tan solo hacer un aspaviento con las manos, temiendo que volaran en mil pedazos y con ello los secretos de culturas milenarias.

No había computadoras, eran los inicios del año 1980. Una vieja máquina de escribir en alguna esquina, lápices, bolígrafos y notas en varios documentos; todo lo cual sugería una desorganización descomunal, lo que justificaba sin duda el estereotipo del científico, el mismo que aún ahora invade las películas y los programas de televisión.

De un sitio aún más oscuro, casi en penumbra, se incorporó un hombre un poco desaliñado del cabello, como si hubiera dormido muy mal, con los ojos hinchados del esfuerzo de leer con muy mala luz; traía entre sus manos un libro y un cuaderno de notas, donde se podían ver apuntes totalmente ininteligibles, fórmulas químicas acompañadas de flechas, anotaciones con abreviaturas al margen adelante y atrás, conectando como un juego de serpientes y escaleras en todo el documento.

Me entretuve tanto en el documento que no pude hacer conciencia de la inmediata cercanía del Dr. Carvajal. Con voz pausada, bien articulada, seca y directa me dijo que él era Guillermo Carvajal y que estaba atento a saber la razón de mi visita. Le expliqué lo más claro posible que era yo, a quien el Dr. Bulmaro Valdez Anaya (profesor de la materia de Bioquímica de la Facultad de Medicina de Torreón, Coahuila) enviaba para iniciar un tratamiento inmunológico en contra del cáncer de pulmón que aquejaba a mi abuelo materno, a quien se le había extirpado el tumor en fecha reciente; le indique que traía la muestra

como el Dr. Valdez nos había indicado y que el cirujano, el patólogo y yo habíamos realizado al pie de la letra.

El Dr. Carvajal con absoluta seriedad acomodó sus lentes y examinó con mucho cuidado el frasco con el trozo de pulmón de mi abuelito, el lóbulo pulmonar superior derecho que contenía el cáncer. Lo examinó de tal forma que creí que era capaz de exorcizarlo con solo verlo. Con muy pocas palabras me solicitó el análisis histológico, reacomodó sus anteojos y revisó el documento, hizo anotaciones, sacó unos papeles y revisó un libro de patología. Me di cuenta de la organización que tenía su desorganizada oficina, él sabía con precisión donde encontrar lo que necesitaba, a pesar de que a un buen bibliotecólogo le hubiera llevado semanas dar cierta organización, digamos normal, a esos documentos.

Anotó en una especie de receta algo para alguien de su laboratorio y me dijo seco y contundente que tenía que regresar por la vacuna la que terminarían de preparar en 3 días. Ese era el menor tiempo posible, aunque entendía que tendría que esperar en la Ciudad de México antes de regresar a Torreón. Me asombró su preocupación por mi estancia en la Ciudad y agradecí el esfuerzo de tener la vacuna lo más pronto posible.

Para mi nuevo asombro cambió su gesto severo y bromeando sonrió un poco al preguntar ¿y te enseña algo Bulmaro? Asentí con el temor de que me lanzara una pregunta sobre la vía de síntesis de hormonas esteroidales que tanto trabajo me costaba o alguna otra vía de esas que provocan dolor de cabeza solo al verlas en el libro. Terminó la broma diciendo que era increíble que Bulmaro estuviera trabajando aún, si estaba tan viejito, sonrió otro poco y se acomodó nuevamente sus anteojos, me despedí con una sensación extraña, sin saber que había pasado. Entonces era un estudiante del primer año de medicina de una pequeña ciudad, a mil kilómetros de distancia, a varios años de que mi preparación me permitiera entender la literatura científica y con un desconocimiento absoluto de quien era la personalidad a la que le estreche la mano por unos milisegundos y que había aceptado, gracias al Dr. Bulmaro, tratar con los protocolos iniciales de inmunoterapia a mi abuelito José. El solo hecho de tocar su mano me tranquilizó con la idea de que era posible destruir el cáncer con base en los conocimientos emanados de la ciencia.

Cuando regrese a los 3 días, me indicó con todo cuidado y con su bondadosa certeza de que le entendía, que se habían extraído proteínas de las membranas de las células del tumor y que después de purificarlas y esterilizarlas por filtración, se mezclaron con coadyuvantes para incrementar la respuesta inmunológica, por lo que ahora estaban listas para inyectarlas de manera subdérmica. Se esperaba que las células asesinas del organismo de mi abuelito enfrentaran al tumor y sus metástasis, gracias a un esquema de diez vacunas aplicadas cada quince días. Me instruyó para evaluar meticulosamente el tamaño, el volumen, la apariencia de la respuesta dérmica de la vacuna y el tiempo que duraba la respuesta. Finalmente, me indicó a que número de teléfono podía avisarle cada mes sobre estos datos para conocer el avance y modificar, en su caso, el esquema de tratamiento.

Fue contundente en decir que era un esquema experimental, que no había suficiente evidencia para saber como evolucionaría y que el número de casos no permitía hablar siquiera de porcentajes de probabilidad. Se notó de inmediato su mente analítica y su honestidad, acompañada de una buena dosis de esperanza, sin asomo de ninguna actitud triunfalista.

Salí convencido de que mi abuelito se curaría, que esa era la mejor y única esperanza, aún cuando el Dr. Carvajal nunca me expresó la menor esperanza directa y solo habló de mecanismos moleculares y respuestas celulares complejas. Por supuesto que no nos cobró nada y siempre que le hablé para darle los reportes me contestó personalmente y cuando me pidió todos los documentos y acudí nuevamente a su laboratorio para integrar los datos a su casuística, me comentó con un entusiasmo reservado que la perspectiva era esperanzadora, pero que no se podía decir nada hasta hacer más estudios y que pasara un poco más de tiempo.

Mi abuelito no hizo metástasis a hígado, hueso o cerebro y su sobrevivida promedio antes de que el tumor se extendiera a otros lóbulos pulmonares fue de 2 años, su calidad de vida fue notablemente mejor que otros pacientes que ahora diagnosticamos y tratamos, aún con los esquemas actuales de quimioterapia; evidentemente no tenemos el control sin la inmunoterapia y debó decir que mi abuelito recibió esquemas estándares de quimioterapia, además de otra cirugía para extraer metástasis en el otro pulmón, por lo que por supuesto no quiero resaltar con este caso ninguna parte milagrosa del tratamiento del Dr. Carvajal, sino la combinación de su devoto trabajo de investigación, con su esperanza de encontrar la cura de los pacientes y su inmensa calidad humana reflejada en los objetivos de su trabajo y su preocupación por la parte humana de los pacientes.

Cuando le hice el resumen del caso, mi optimista presentación a pesar de la muerte de mi abuelo, fue apagada por la contundente visión del Dr. Carvajal, quién consideró que esos datos no eran suficientes para pensar que la inmunoterapia funcionó; no quería retrasar la enfermedad, ni mejorar la calidad de vida, quería curar y desaparecer el cáncer, otro resultado era casi inaceptable para él y por supuesto imposible de cuantificar en sus casuísticas.

Le agradecí su apoyo y las esperanzas generadas a la familia y a mi abuelito. Calladamente le agradecí permitirme flotar en esa incertidumbre de saberse casi totalmente inútil ante una enfermedad como el cáncer y la posibilidad científica de tratar de hacer algo y tener fe en ese algo.

Limpio sus anteojos y casi como un susurro me indicó que lamentaba nuestra pérdida y que no teníamos nada que agradecerle, que solo hacía su trabajo y que esperaba que tal experiencia contribuyera a mejorar la técnica inmunológica tan larga y penosamente buscada. No tuve más conocimiento oficial de los resultados de la investigación inmunológica que realizaba para tratar el cáncer; aunque supe de su incursión en el tratamiento de la diabetes con glicina, para evitar la polineuritis y otros daños secundarios, entre otros estudios, siempre buscando su aplicación para el tratamiento de enfermedades.

Como todos los que nos dedicamos al trabajo en ciencia con orientación biológica me fue imposible no tener al Dr. Carvajal como referencia obligada. Sin embargo, la Revista de Educación Bioquímica, la Sociedad Mexicana de Bioquímica y mi preparación doctoral con el Dr. Jorge Cerbón Solorzano me llevaron a tener conocimiento y hasta un relativo trato con el Dr. Carvajal.

Cómo olvidar su colaboración con la Revista y su invaluable apoyo con sus artículos, notas, reflexiones y revisiones de publicaciones que él consideraba sobresalientes. Su siempre activa participación en la Sociedad Mexicana de Bioquímica, donde tuvimos tiempo de homenajearlo como ex-Presidente y socio fundador y agradecerle contribuir junto con los otros ex-Presidentes y fundadores a sentar las bases e impulsar lo que es ahora nuestra Sociedad. Y como olvidar aquellas tardes platicando sobre el Dr. Carvajal con el Dr. Cerbón y hasta escuchar una que otra anécdota de su juventud como estudiantes, mismas que seguramente el Dr. Carvajal nunca me hubiera confiado y que por supuesto, aun siendo totalmente inocentes, quedaran entre el Dr. Cerbón y el que ahora les escribe.

La última vez que platiqué con el Dr. Carvajal le recordé el tratamiento de mi abuelito, le agradecí ser pilar de la ciencia de nuestro país, ser un ejemplo a seguir para muchos de los que nos dedicamos a estos quehaceres y su

calidad humana con los pacientes. -Pues para algo debemos servir los viejos- me dijo. Me quedé con la certeza de que no recordaba nada de lo que, evidentemente, a mí me había marcado para siempre, pero con amabilidad austera, escasa y directa lo había esquivado.

Le recordé también la anécdota del Dr. Bulmaro y me dijo, -Ya ve, se murió ¿verdad? Pues es que estaba viejito ¿Yo tenía razón o no?-. -Y usted ¿finalmente aprendió algo de él?-. Volví a sentir escalofrío de que me preguntara sobre la síntesis del grupo hemo o la acción de la insulina. Sonreí evidentemente nervioso, acerté a decir -pues solo un poco Doctor, pero sigo estudiando- y busqué la forma de separarme de su mirada inquisidora, deteniendo el impulso de salir corriendo.

Poco después nos sorprendió, conmovió y entristeció la noticia de la muerte del Dr. Carvajal, pérdida irreparable para la ciencia de este país, lo extrañaremos no solo por sus conocimientos, enseñanzas, escuela de trabajo, sino por su incansable búsqueda para ofrecer una solución científica al dolor humano causado por las peores enfermedades. Estoy seguro que se fue con el dolor de no ver en sus manos o en otras manos la cura o prevención del cáncer, pero también con la certeza de que sentó bases para poder avanzar conceptual y experimentalmente en ese sentido.

José Víctor Calderón Salinas
jcalder@cinvestav.mx